

CAPÍTULO 5

La familia, minoría creativa en Europa

MARÍA TERESA CID VÁZQUEZ

Universidad CEU San Pablo

SUMARIO

1.- La familia como agente transformador de la sociedad. 2.- La creatividad de la familia. 3.- Las virtudes relacionales: dependencia y diferencia. 4.- La creatividad propia de las virtudes relacionales. 5.- Las virtudes creativas de la familia: audacia y magnanimidad. 6.- Las prácticas de la hospitalidad familiar. 7.- Conclusión.

1. LA FAMILIA COMO AGENTE TRANSFORMADOR DE LA SOCIEDAD

El matrimonio como estructura fundamental de la relación entre varón y mujer y al mismo tiempo como célula en la formación de la sociedad, ha dado a Europa un rostro particular. Europa ya no sería Europa si esta célula fundamental de su edificio social desapareciera o

cambiase esencialmente. No sabemos cómo irán las cosas en el futuro, lo que sí sabemos es que el futuro no vendrá de quienes solo se adaptan a lo políticamente correcto o se limitan a dar recetas, vendrá de la fuerza de quienes tienen raíces profundas.

Según el historiador británico Toynbee, los cambios de civilización que determinan un nuevo paradigma social no los promueven las grandes masas, sino pequeñas minorías “creativas” capaces de intuir y generar un nuevo tejido social¹. Minorías no porque se restrinjan a unos pocos sino porque se mueven en círculos concéntricos, es decir, se transmiten por mediaciones, de persona a persona. Una minoría creativa puede ser pequeña pero no sectaria, al contrario, se siente responsable de todos. En la minoría se presupone la pequeñez, pero también la responsabilidad por el todo. Lo que distingue a una minoría creativa de otro tipo de minorías es su capacidad para generar cultura, modos de vida, prácticas sociales. No son guetos en actitud defensiva, intentando preservar un modo de vida que ven amenazado.

Son capaces de asimilar en sí lo ajeno, y no de ser asimiladas por ello. Todo su esfuerzo está dirigido a generar modos objetivos de relacionarse, creando un entorno y un ambiente en el que las personas puedan introducirse y en el que la experiencia se haga concreta y vivible. Una minoría creativa es capaz de generar espacios y tiempos en los que arraiga algo nuevo.

Este modo de relacionarse no se difunde solo por testimonio de vida, no basta testimoniar experiencias, es preciso crear espacios y tiempos (formas concretas de trabajo, ocio, oración, vida fraterna) en las que esas experiencias puedan ser vividas y regeneradas. El tiempo

¹ Cf. J. RATZINGER, *Europa: raíces, identidad y misión*, Ciudad Nueva, Madrid 2007; L. GRANADOS, I. DE RIBERA (eds.), *Minorías creativas. El fermento del cristianismo*, Monte Carmelo, Burgos 2012.

de la minoría creativa es generativo, produce “más”, y despierta esperanza a partir de la memoria agradecida. Desde este punto de vista puede decirse, que el futuro pertenece solo a las minorías creativas. Se distinguen no tanto por la intensidad de la experiencia interna, cuanto por crear espacios de relaciones y modos de relatar las etapas de la vida donde pueden crecer y madurar las personas.

La estructura de la sociedad contemporánea está radicada en el individuo, se ha hablado por eso de una sociedad del “no-lugar”, y de una crisis en la configuración del tiempo. Las redes sociales son espacios vacíos, juegos de espejos, que no resuelven el problema de la identidad, porque no tocan la condición encarnada de la persona². El individuo vive en un mundo en el que no puede enraizar, trabaja en un lugar impersonal y sin relación con la naturaleza. Es un hombre que no encuentra una respuesta a la pregunta ¿quién soy yo?³.

Con el desarrollo de los viajes y de la comunicación, la sociedad contemporánea ha transformado en rutina lo que antes era excepcional: el acceso a lo extraño. Hoy en día la distinción entre lo extraño y lo propio se difumina y, en cierto modo, nos transformamos en extranjeros. Las sociedades se fragmentan y crece el aislamiento que lleva a la soledad. Como destaca D. Innerarity⁴, cuando se habla de sociedad multicultural, no solo se hace referencia al incremento de los extranjeros en la sociedad actual sino también al aumento de la extrañeza del mundo, a la cantidad de novedades que nos asedian.

² J. GRANADOS, “¿Gueto, masa o minoría creativa? La fecundidad sacramental”, en Congreso *La familia cristiana y la escuela católica, minorías creativas para la renovación de la sociedad*, 10-12 marzo 2017, Alcalá de Henares (Madrid).

³ G. MARCEL, *El hombre problemático*, Suramericana, Buenos Aires 1956, 12.

⁴ Cf. D. INNERARITY, *Ética de la hospitalidad*, Península, Barcelona 2001.

La soledad nos lleva a buscar ansiosamente lazos con lo extranjero. Una vez abandonada la casa, que es la propia tradición, el hombre solitario busca el refugio en lo extranjero⁵. Hay que valorar positivamente la atracción hacia lo de fuera, pero hay que señalar también sus peligros, pues puede ser consecuencia, causa o agravante de un debilitamiento de los lazos de pertenencia al propio pueblo. La alternativa que Innerarity propone ante la atomización social consiste en hacer posible una sociedad civil más interconectada y crear espacios de intercambio y solidaridad. Un programa basado en la solidaridad y la hospitalidad.

El mundo en el que vivimos es un mundo globalizado, es un mundo complejo en el que la desconfianza se ha instalado en nuestro modo de vivir y en nuestros comportamientos habituales. Somos sensibles ante las necesidades de los inmigrantes, de los desplazados, de los refugiados, de los pobres, pero tal vez lo somos cada vez menos ante las necesidades de nuestro prójimo más cercano. Nuestra meta de una “hospitalidad universal”, nos impide ver la necesidad más próxima.

Pues bien, una minoría creativa es capaz de generar espacios en la sociedad del “no-lugar”, y modos de vivir el tiempo en la sociedad del “no-futuro”, es como un árbol que crece y en el cual pueden encontrar cobijo todos los pájaros. Desde la experiencia de una rica comunión es capaz de generar unas prácticas y unas instituciones a través de las cuales otras personas y grupos sociales pueden participar en los bienes y valores comunes que constituyen el vínculo de comunión de la minoría.

Si lo aplicamos a la familia, esta definición nos lleva a considerar la familia como una comunión de personas que participa de unos valo-

⁵ C. GRANADOS, J. GRANADOS, *El corazón urdimbre y trama*, Didaskalos, Burgos 2010, 116.

res y bienes comunes pero con la originalidad de generar unas prácticas a través de las cuales no solo se enriquece su propia vida, sino que se convierten en un camino de crecimiento para otras familias y, por tanto, para la sociedad.

La vida no se puede concebir como un dato biológico, sino como una razón de vivir, en este sentido la familia es la célula básica de la sociedad. La ecología humana implica la existencia de un entorno que permita el verdadero desarrollo del hombre, un desarrollo integral⁶. La familia es esa auténtica ecología humana, el *lugar* donde acoger a cualquier ser humano y escuela genuina de humanidad, en donde cada persona puede aprender a amar y desarrollarse plenamente. En el *cuidar* se ve la existencia de una grandeza humana que implica una naturaleza que contiene su propia lógica como lugar de la vida, a modo de casa (*eco-logía* proviene de *oikos*, casa en griego y *logos*, razón).

De la familia nacen los ciudadanos y éstos encuentran en ella la primera escuela de esas virtudes sociales, que son el alma de la vida y del desarrollo de la sociedad misma. Así la familia, “en virtud de su naturaleza y vocación, lejos de encerrarse en sí misma, se abre a las demás familias y a la sociedad, asumiendo su función social”⁷. MacIntyre ha hablado de la necesidad de prácticas familiares, de tradiciones que transmitan un relato vital. Según este autor, existe una virtud que consiste en poseer “sentido de la tradición”⁸. Esta virtud capacita para descubrir en la memoria las semillas de lo nuevo; la fidelidad a la

⁶ Se trata de desarrollar una auténtica ecología humana, usando la expresión de Juan Pablo II, carta enc. *Centesimus annus*, 38; carta enc. *Evangelium vitae*, 42, que hace suya Benedicto XVI, carta enc. *Caritas in veritate*; y el papa Francisco, Carta enc. *Laudato si*.

⁷ JUAN PABLO II, Exh. ap. *Familiaris consortio*, 42.

⁸ A.C. MACINTYRE, *After Virtue: A Study in Moral Theory*, University of Notre Dame Press, Notre Dame, IN 2007.

herencia recibida permite desarrollarla y desplegar creativamente sus potencialidades.

Las prácticas familiares se comunican y transforman otras familias, siendo así fermento en la sociedad. Tanto en la definición de la minoría creativa como en el análisis de la familia la dimensión de las relaciones de comunión entre las personas es decisiva. Como decía Chesterton, todo viaje no es más que un largo periplo que acaba en casa⁹. Tan valioso es para el ser humano vivir creando vínculos de forma estable que A. Saint-Exupéry considera esencial el habitar y define al hombre como *un ser que habita*¹⁰, que es *acogido* desde antes de nacer en una trama de relaciones amorosas que lo amparan y lo preparan para tejer en su vida otras relaciones. El hombre no es arrojado a la existencia, sino colocado en una cuna al nacer. «La mano que mueve la cuna, mueve el mundo», dice el refrán español. El sentido más profundo de esta mano que mueve el mundo es que acompaña invisiblemente al hijo en su vida futura y coopera en su obra ocultamente¹¹. Habitar significa para el hombre la forma suprema de amparo, porque supone una creación mutua y generosa de vínculos personales.

Debido a este carácter dinámico y creativo del *habitar la casa*, el hogar es el centro del que arrancan los mil caminos que constituyen la trama dinámica de nuestra vida. La creación de relaciones de amistad y ámbitos acogedores suponen una prolongación del hogar. Un hogar no se reduce a una casa. Es, más bien, la plasmación concreta de la trama de vínculos creados por quienes han aprendido a amarse como

⁹ Citado en J.J. PÉREZ-SOBA, “Il vangelo fatto vita, l’annuncio della famiglia”, en ID., (ed.), *La famiglia, luce di Dio in una società senza Dio. Famiglia e nuova evangelizzazione*, Cantagalli, Siena 2014, 125.

¹⁰ A. DE SAINT-EXUPÉRY, *Ciudadela*, Círculo de lectores, Barcelona 1992, 28.

¹¹ Cf. G. VON LE FORT, *La mujer eterna*, Patmos, Madrid 1965, 141.

personas. El hogar es un edificio dinamizado interiormente por la voluntad de crear interrelaciones cordiales con las personas amadas. T. Morales comparaba a la familia, el círculo de amigos, el movimiento al que pertenecemos, con una *pista de despegue o aterrizaje* para estar siempre volando¹². El hombre vive en su propio amor un misterio que es más grande que él mismo. Veamos en qué consiste la creatividad de las familias.

2. LA CREATIVIDAD DE LA FAMILIA

¿Qué es lo que hace creativa a la familia y cuál es la fuente de novedad que la familia es capaz de vivir y transmitir a otros? Ser creativos no es fundamentalmente crear algo “ex novo”, sino dirigir una mirada nueva a la realidad que nos permita aceptar la novedad que la misma vida nos ofrece. La creatividad no es solo la capacidad de inventar algo nuevo, es también un dinamismo que viene de fuera de nosotros a nuestra interioridad. La creatividad es entonces un don, la acogida de la realidad que es fecunda en nosotros. Por tanto, la creatividad brota de nuestra apertura a la realidad.

La familia creativa es entonces la que es capaz de afrontar con apertura e imaginación la propia vida. Lo que nos hace creativos es vivir la vida como el reconocimiento agradecido y la acogida de un don. Se trata, por tanto, de la novedad de una mirada que es capaz de reconocer la riqueza que la misma vida nos ofrece. Una mirada que se hace más penetrante desde la experiencia de la fe, pues ella nos permite encontrar la presencia escondida de Dios en todo lo bello y verdadero que llena nuestra vida.

¹² Cf. T. MORALES, *Hora de los laicos*, BAC, Madrid 1985, 366.

Esa creatividad desborda el ámbito familiar, fecunda la vida de otras familias y renueva la sociedad. La familia es creativa en su propio ser por su capacidad de generar una comunión de personas. Este es precisamente el primer elemento que emerge de la definición que hemos propuesto de minoría creativa: “un grupo de personas que, desde la experiencia de una rica comunión, es capaz de *generar...*”. Por tanto, para comprender a la familia como minoría creativa el primer paso es analizar la comunión de personas, el dinamismo de las relaciones interpersonales en la familia, en primer lugar, la relación de los esposos, y a continuación la relación de los padres con los hijos.

Donati propone un enfoque de la sociología que él llama el paradigma relacional. Conforme a este paradigma, la sociedad se estudia como una red de relaciones donde la familia se configura como un sistema social definido esencialmente por las relaciones de conyugalidad y generatividad. La familia es una relación de *plena reciprocidad entre los sexos y las generaciones*¹³.

La vida que los esposos comienzan en su matrimonio tiene una novedad que abre un enorme horizonte a su creatividad. El primer reto es el paso del “yo” al “nosotros”. Eso exige que cada uno salga de sí mismo para darse plenamente al otro y hacer que el amor de cada uno por otro no sean dos amores recíprocos sino “nuestro amor”. Cada uno tiene una historia de vida familiar, un modo de vivir las relaciones familiares, unas costumbres diferentes. Ser flexible con los propios modos de hacer y de comprender la convivencia es un desafío que requiere un esfuerzo constante de ambos, para crear una *vida común*.

Ahora bien, el amor conyugal exige un lugar propio, una morada, donde se puede permanecer, es decir, *edifica un lugar* donde vivirlo¹⁴.

¹³ P. DONATI, *Manual de Sociología de la familia*, Eunsa, Pamplona 2003.

¹⁴ Cf. J.J. PÉREZ-SOBA, *Amor, justicia y caridad*, EUNSA, Pamplona 2011, 124-125.

Este “lugar” es una necesidad para que se desarrolle adecuadamente el entramado de realidades humanas que configura internamente el “hogar” donde habitar y en el que pueden descansar nuestros afectos. En la familia se aprende el arte de *habitar*, entendido como la creación de ámbitos de intensa vida comunitaria, no el mero morar en un determinado espacio arquitectónico. Por su carácter activo, creador de vínculos, el auténtico habitar humano se configura de modo bien estructurado, ordenado, jerárquico, a fin de que todo en él tenga sentido.

Uno de los momentos en que se expresa con más potencia la creatividad del ser humano es en la experiencia de paternidad. En su vocación de engendrar y educar a los hijos, la familia expresa una creatividad singular, la presencia de los hijos es siempre una novedad en la vida de la familia: el hijo va creciendo, aprendiendo cosas nuevas, poniendo a los padres ante situaciones nuevas. Los hijos son un don, fruto del amor de los esposos. Por tanto, la familia es creativa en su propio ser por su vocación a engendrar y educar a los hijos. Pero no basta el solo hecho de engendrar para que una familia pueda ser considerada “minoría creativa”. La clave la podemos encontrar en la segunda parte de la definición que hemos propuesto de minoría creativa. La minoría creativa lo es porque es capaz de generar unas prácticas y unas instituciones a través de las cuales otros pueden participar en los bienes y valores comunes de la familia “creativa”.

Aparece así un nuevo elemento que debemos considerar, es lo que hemos denominado “prácticas”, esos modos propios de actuar que concretan la fecundidad de la propia vida y la hacen comunicable. Cada familia tiene su modo de hacer las cosas. Los esposos forman una nueva realidad, un nuevo hogar con sus prácticas propias y originales. Frente a las prácticas propuestas por la sociedad o por la familia de origen, los esposos buscan el modo particular de vivir su relación

conyugal y de educar a los hijos. Son las prácticas de la vida familiar: los cumpleaños, el modo de celebrar los tiempos litúrgicos, el uso de los medios electrónicos, de descansar, trabajar, invitar a los amigos, educar a los hijos, etc., donde la familia es capaz de buscar su propia vida venciendo la tentación de someterse sin un discernimiento previo a las prácticas de la cultura o a las rutinas de la familia de origen.

En este sentido los hijos son una gran ayuda. En efecto, lo que a uno le gusta a otro le aburre. Lo que a uno de los padres le resultaba atractivo de pequeño, a sus hijos le parece sinsentido. Los padres son así capaces de adaptar la vida familiar a la personalidad de cada hijo, y de este modo van desarrollando las prácticas adecuadas para la vida familiar. Que los padres encuentren el modo de integrar a los hijos en la vida familiar y hacerlos partícipes de las prácticas familiares es el dinamismo normal de la vida cotidiana de la familia. Normalmente no pensamos en clave de creatividad el modo de conseguir que un niño coma, y sin embargo, a veces supone un reto realmente difícil de superar.

La familia muestra su creatividad y su propia vitalidad en esta capacidad de adaptación para reelaborar las propias relaciones. Según el análisis propuesto por Donati, el reto que se plantea a la familia es el de mantener sus relaciones constitutivas y su identidad en una sociedad que disuelve las relaciones personales en el emotivismo y utilitarismo. Ante esta situación, la familia se situará como minoría creativa en la medida en que sepa mantener unas relaciones fuertes entre sus miembros, relaciones verdaderamente humanas, donde la persona pueda crecer. En estas relaciones se juega su identidad personal.

La capacidad de escuchar y de abrir el corazón a los otros es la fuente de unas relaciones familiares ricas que llevan a un crecimiento de cada persona y de la comunión que estas forman en la familia. Es

vivir la “lógica del don” lo que hace posible una creatividad nueva y fecunda¹⁵. Nos encontramos así con la creatividad originaria de la familia, que se expresa a través de las relaciones interpersonales de sponsalidad, paternidad, filiación y fraternidad, la fecundidad de la propia vida familiar que es comunicable a otras familias.

3. LAS VIRTUDES RELACIONALES: DEPENDENCIA Y DIFERENCIA

Una minoría creativa debería generar sujetos creativos, y viceversa: personas creativas dan lugar a un ambiente que también lo es. Esto resulta cierto pero incompleto, pues a menudo encontramos personas de gran ingenio que se ven incapaces de establecer un clima creativo en su familia. ¿Cómo es posible que fracase un hogar, formado por dos padres que, considerados individualmente, son tan maravillosos? Si estas dos personas son tan maravillosas, ¿por qué no triunfa también la unión entre ambos, es decir, su relación?

Una respuesta la hallamos en las “virtudes relacionales”, expresión propuesta por Donati¹⁶. Habitualmente consideramos virtuosa a la persona, pero si la persona constituye una serie de relaciones (filiación, fraternidad, paternidad, amistad, conyugalidad...), ¿podremos también aplicar este adjetivo a las relaciones sociales?, ¿puede ser virtuosa o viciosa la relación entre los esposos, el vínculo fraterno, el trato entre el doctor y el paciente...?

En realidad, la minoría no es una simple agregación de personas. Brota, más bien, de un encuentro que genera relaciones hasta ahora inéditas entre ellas. Por eso, junto a las virtudes de cada individuo del

¹⁵ BENEDICTO XVI, Carta enc. *Caritas in veritate*, 34.

¹⁶ P. DONATI, *La familia como raíz de la sociedad*, BAC, Madrid 2013.

grupo, surgen las *virtudes de la relación*. Se trata de disposiciones estables hacia el bien, cuyo sujeto no son solo las personas sino el vínculo entre ellas. Pongamos un ejemplo, una virtud relacional esencial es la *confianza*. Esta no depende simplemente de las virtudes de los padres y de los hijos, sino sobre todo del vínculo recíproco que se establece entre ellos. En las relaciones que se van forjando en la familia, los padres no desconfían y los hijos se hacen dignos de esa confianza: unos no recelan y otros no traicionan.

Entonces, ¿virtudes personales o relacionales? Por supuesto, no se trata de una disyuntiva entre ambas sino de una integración. Unas y otras están estrechamente entrelazadas, pero manteniendo siempre la distinción. Las virtudes de una relación lo son también de cada persona que la compone. Por eso, la relación personal (filial, fraternal, estudiante/maestro...) es virtuosa cuando contribuye al crecimiento de las personas que la forman. Podemos, por tanto, hablar de relaciones laborales, educativas, familiares o amistadas virtuosas o viciosas.

La minoría creativa genera unas virtudes cuyo sujeto es la relación, el vínculo entre las personas, en realidad, en la raíz de la minoría hallamos una relación personal que la genera. Queda así claro que la minoría creativa no es simple consecuencia de la decisión humana ni puro fruto del propio esfuerzo. Esto resulta evidente en el caso de la familia. El amor de los padres funda la existencia desde mi nacimiento, pertenecemos a una familia, somos miembros de ella. Pero este don primero que funda la comunión está también presente de diversas formas en otras minorías. Lo hallamos en los profesores, en los padres que preocupados por el crecimiento de los hijos deciden asociarse.

En todos estos casos el encuentro genera el reconocimiento de un bien común, que nos promete algo nuevo si lo cultivamos. De esta manera, el encuentro personal nos pone ante la elección de alimentar

la relación personal que se ha despertado o bien ignorarla. Aquí se manifiesta hasta qué punto somos los que custodiamos, es decir, las relaciones que cultivamos.

La relación personal que origina toda minoría genera en nosotros un afecto de pertenencia llamado a desarrollarse en el tiempo. Este afecto puede ser de muy diversos tipos y grados: la pertenencia a una familia, a un equipo de fútbol, a una asociación juvenil... Formar parte de esta familia o de esta asociación significa que es *mi familia* y *mi asociación*. No se trata de una posesión a la que aferrarse sino de una pertenencia que recibo, pertenezco a la familia, a la asociación.

La minoría creativa hace posible que este afecto de pertenencia sea vivido de forma virtuosa. La pertenencia, vista como un don recibido, puede integrar el doble movimiento de sístole y diástole, de contracción y dilatación de la comunidad. Para ser verdaderamente creativa, la minoría combina la cohesión y el diálogo, la fuerza de la elección particular y la tensión hacia lo universal. De este modo, vivido virtuosamente, el afecto de pertenencia nos enseña a reconocer el valor positivo de la dependencia y de la diferencia.

En primer lugar, en la minoría creativa se generan lo que MacIntyre ha llamado virtudes del *reconocimiento de la dependencia*. Pertener a una minoría (a la Iglesia, familia, asociación...) me ayuda a reconocer lo bueno que es depender de otros y me lleva a desechar por completo la tentación de una vida autónoma e independiente. El reconocimiento de la dependencia genera en nosotros la virtud relacional de la *gratitud*, del *agradecimiento*. Además de ser una virtud de la persona, la gratitud es también un ambiente que nos ayuda a darnos cuenta, a percatarnos del don recibido y, así, a estar alegres. De aquí brota un clima de *confianza* recíproca que elimina el temor de ser despreciado y da serenidad.

Podemos así comprender que la gratitud se traduzca en *generosidad*, que asuma la forma de una creciente *responsabilidad*. Esta dependencia, por tanto, no es lo propio del inmaduro que no se vale por sí mismo. El hecho de depender revela un origen que, desde el agradecimiento, hace posible asumir las responsabilidades de la vida. De aquí derivan otras virtudes relacionales de la minoría, como la *puntualidad*, la *cordialidad*, el *orden*, la *laboriosidad*, la *atención por el otro*, la disponibilidad a *escuchar*...

En segundo lugar, la verdadera pertenencia permite integrar también la diferencia con el exterior, que es vista como fuente de riqueza. ¿En qué consisten estas *virtudes de la diferencia*? Por una parte, la minoría se caracteriza por su cohesión y unidad interior, manifestada en diversas prácticas que fortalecen las relaciones personales. La fuerza de la minoría es patente en la transformación que realiza en la vida de la persona, en su horario, costumbres... Pero este desarrollo no conduce hacia la uniformidad, la minoría no pretende cortar a todos por el mismo patrón sino desarrollar dentro del grupo el tesoro de cada persona.

La minoría creativa no es tampoco un refugio ante las adversidades externas. No pretende generar una burbuja protectora para enrocarse. Se trata más bien de una ayuda para penetrar en la sociedad y transformarla. Superando el peligro del repliegue, es una comunidad unida y abierta, en una dinámica de intimidad y trascendencia. Por tanto, una minoría creativa no es minoría exclusiva sin afán alguno de universalidad, ni minoría disuelta en el todo, que pierde su identidad y acepta la mezcla y la confusión con las costumbres y las formas de vida de la masa. La verdadera minoría creativa evita los extremos del gueto y del sincretismo: del búnker y la trinchera por una parte, y de la confusión y el buenismo por otra.

De esta manera la minoría tiende hacia la universalidad. Sin dejar de ser lo que es, la levadura está deseando repartirse por la masa. Ocurre algo semejante con la vida familiar: esta no lo tiene todo, sino que nos prepara para salir de sí y generar un nuevo hogar. Al poseer una fuerte identidad propia somos capaces de acoger sin miedo al diferente. La virtud de la *hospitalidad*, de acoger al otro, proviene precisamente de la fortaleza de la propia morada, puedo acoger porque tengo un hogar.

Acoger a alguien en casa supone siempre ordenar la casa, hacerla acogedora, disponerla para que el que llegue se encuentre a gusto, como solemos decir «se encuentre como en su casa». El hombre construye casas donde habitar. Construir una casa implica la creación de un hogar, y un hogar es más que una casa, pues el hogar está dinamizado interiormente por los vínculos interpersonales. Un hogar es, por ello, un lugar lleno de recuerdos, de afectos, de objetos que son parte de la historia y la biografía de la familia: fotos, muebles, cuadros, cada rincón de la casa evoca la memoria viva y afectiva de sus miembros¹⁷. El hogar no es nunca un refugio afectivo, un modo de huir y escapar de las dificultades y retos, sino que es el lugar de la confianza fundante, donde somos queridos por nosotros mismos, base de las relaciones que van enriqueciendo la vida de las personas.

4. LA CREATIVIDAD PROPIA DE LAS VIRTUDES RELACIONALES

La minoría creativa posee virtudes relacionales que integran la experiencia de la dependencia y de la diferencia, evitando los vicios de una minoría dominante o marginal. ¿Por qué nos preguntamos por las vir-

¹⁷ Cf. L. GIUSSANI, *El milagro de la hospitalidad*, Encuentro, Madrid 2006.

tudes de una minoría?, ¿no sería mejor investigar cuáles son las ideas, los sentimientos o las creencias de una minoría creativa? Solemos pensar que a una minoría la caracterizan ideas, sentimientos religiosos... Y en cierto modo es cierto, sin embargo, constatamos que, teniendo las mismas formas de pensar y sentir, unas minorías mueren estériles o encerradas en sí mismas, mientras otras crecen y renuevan sus ambientes.

No basta opinar, pensar e incluso sentir lo mismo. Lo que caracteriza a la minoría creativa es haber recibido un mismo don —una relación personal— y trabajar con empeño en edificarlo. En la minoría se vive una misma vida, se bebe de una misma fuente. Y esto se revela en las virtudes que se generan entre sus miembros y que se derraman hacia fuera por medio de prácticas.

No se trata solo de pensar de nuevo el mundo, ofreciendo ideas luminosas. El de una minoría es un pensamiento que se traduce en virtudes, es decir, en fuerza y energía. Es un vigor que transforma la sociedad no la aniquila. Se trata de una minoría creativa, no revolucionaria¹⁸.

La creatividad es verdadera transformación que nos saca de los límites estrechos que la sociedad ha establecido. Por ejemplo, un grupo de familias puede preguntarse, ¿quién dictamina que la única diversión posible se encuentre en la discoteca, al margen de la familia? Y, sin embargo, la minoría no produce la revolución. El revolucionario

¹⁸ Una minoría comunista fue capaz de provocar y mantener, no ya la revolución social, sino la revolución moral que llevó hasta el fondo del alma rusa: “La minoría que rige los destinos de Rusia, es, de hecho, lo único que hay en la masa de millones de habitantes del pueblo ruso [...] El comunismo es una insignificante minoría. No llega al millón de afiliados en un país de 140 millones de habitantes. Pero su fuerza es indestructible. El millón de comunistas es el millón de personas que hay en Rusia, el resto es ganado” (M. CHAVES NOGALES, *Maestro Juan Martínez que estaba allí*, Asteroide, Barcelona 2017¹¹, 146, 254).

busca la aniquilación de todo para construir la sociedad desde el principio. Pretende rehacer la que la historia no ha sabido hacer bien. Hagamos tabla rasa y tendremos un mundo más justo.

La minoría creativa no produce la destrucción sino la renovación del presente. Para el revolucionario el mundo no tiene solución: es como un paciente moribundo y desahuciado, al que no merece la pena dedicar más energías. La visión creativa, descubre la posibilidad de una sanación, de una renovación del mundo sin necesidad de destruirlo. Es levadura, no dinamita.

Pero, ¿en qué consiste la creatividad? Antes de proseguir, será bueno recordar dos dificultades que se elevan contra esta creatividad de la minoría. En primer lugar, parece que la creatividad es cosa de unos pocos. Los genios, los inventores son relativamente escasos en la historia. La creatividad de la que hablamos no es un don excepcional reservado a un puñado de afortunados. En realidad, toda vida verdaderamente humana posee una cierta creatividad: introduce una novedad en el mundo.

En segundo lugar, podemos objetar, si es verdad que todos tienen el don de ser creativos, este podrá usarse para el bien y para el mal. ¿No dan muestra de creatividad los ladrones y estafadores? En realidad, lo que vemos en ellos no es auténtica creatividad, son técnicas de idear un robo. Y la creatividad no es una técnica sino una nueva visión del todo. Totalidad es precisamente lo que les falta a esas artimañas. Así la creatividad propia de las virtudes no es la de una técnica que pueda usarse para el bien o para el mal.

Las virtudes no son meras técnicas, tampoco son simples costumbres. En el virtuoso solemos encontrar buenas costumbres, adquiridas con esfuerzo a lo largo del tiempo, pero las virtudes señalan algo más. A pesar de la similitud exterior, la virtud es muy distinta de la cos-

tumbre. La dinámica de la costumbre tiende a crear un automatismo. En realidad, la virtud no es una mera costumbre sino un “hábito operativo bueno”. La virtud rechaza todo automatismo y mantiene activa la libertad. Lo que mueve al virtuoso es la bondad de la acción, lo cual implicará, según la situación, romper con las costumbres o establecer otras nuevas.

La virtud es la capacidad de inventar los mejores actos humanos posibles. La virtud se nos presenta como “un poder de creación espiritual”¹⁹, que va más allá de toda pura repetición de actos materiales. Es preciso considerar la creatividad propia de las virtudes relacionales.

La distinción entre virtud y costumbre nos permite aclarar que la minoría creativa no solo establece nuevas costumbres. lo hace, por supuesto, pero también las minorías dominantes o decadentes, los guetos y las mafias poseen costumbres. Lo que las virtudes relacionales generan no son solo buenas costumbres, sino que generan “prácticas”.

¿En qué consiste una práctica? Llamamos prácticas a las acciones comunes y cooperativas creadas por la minoría en las que, al ponerse en juego bienes fundamentales, esas relaciones maduran y se fortalecen. La práctica es el modo en que la minoría cultiva sus vínculos: aprende a festejar juntos, a perdonar, a vivir el luto, a orar, a fortalecer al débil...

Estas prácticas cristalizan en costumbres que duran en el tiempo, pero no se reducen a ellas. Podemos señalar al menos dos diferencias entre la práctica y la costumbre. En primer lugar, un peligro constante de la costumbre es el automatismo que puede degenerar en aburrimiento. Las prácticas mantienen siempre la flexibilidad ante situacio-

¹⁹ Cf. S. PINCKAERS, *Las fuentes de la moral cristiana. Su método, su contenido, su historia*, Eunsa, Pamplona 2006.

nes nuevas que piden una nueva forma de fortalecer esta relación. En segundo lugar, la práctica es una realidad participativa, que solo se entiende entrando en ella. Riesgo de la costumbre es su tendencia a lo particular.

5. LAS VIRTUDES CREATIVAS DE LA FAMILIA: AUDACIA Y MAGNANIMIDAD

A partir de la confianza y la gratitud, y de esa integración de cohesión y acogida, unidad y hospitalidad, la minoría es capaz de lanzarse hacia fuera y comunicar su riqueza a través de la audacia y magnanimidad. Con estas raíces, la minoría puede lanzarse hacia el futuro y desarrollarse por su audacia y magnanimidad. En su relación con el exterior, la minoría creativa encuentra resistencias. Con frecuencia, debe avanzar remontando la corriente. Ello es posible gracias a la virtud de la fortaleza, que le permite reaccionar bien ante lo adverso, ante el bien que exige esfuerzo. Aguantar y avanzar, resistir y emprender. Los dos momentos son necesarios, pero en el caso de la minoría creativa, la prioridad corresponde al segundo. No basta la resistencia, la adversidad exige ganar terreno. Limitarse a resistir en la trinchera o en el gueto es ya tirar la toalla y dar la batalla por perdida.

Virgilio en la Eneida narra como en unos juegos olímpicos, luchando por el primer puesto, a pesar de ir los últimos al principio consiguen la victoria, "*pueden porque creen que pueden*"²⁰. Estas palabras manifiestan la grandeza de la audacia ante la adversidad. Su audacia les concedió esa osadía de quien se deja sorprender por sus propias capacidades. Entendemos el sentido de la frase a la luz de su contrario. En ocasiones nos ocurre que no podemos realizar algo porque

²⁰ VIRGILIO, *Eneida*, libro V, 231, "Possunt quia posse videntur".

creemos que no podemos: “no soy capaz, no puedo, no lo conseguiré”. Se trata de una profecía que lanzamos sobre nosotros mismos, y que, por supuesto, acaba cumpliéndose. No somos capaces porque hemos decidido que no lo somos. Nos falta la ayuda de alguien que, a nuestro lado, nos enseñe a imaginar un futuro más grande.

La audacia nos enseña que nuestra identidad es dinámica. No sabemos de lo que somos capaces. Nuestras capacidades se nos revelan paulatinamente, conforme van siendo necesarias. Creer que podemos, con una esperanza bien fundada. La audacia nos lanza a desear cosas grandes y a ponerlas por obra. La audacia nos hace magnánimos. Lo propio de la magnanimidad es una dilatación del espíritu hacia las cosas grande. Esta grandeza se muestra en la “grandeza de lo pequeño”, en la labor cotidiana que se edifica paso a paso, la educación del niño que avanza poco a poco. El arte de hacer grande lo pequeño, lo de cada día.

Pero no se reduce a esto, le corresponde la “grandeza de lo grande”. Y ¿de dónde brota esta extensión hacia lo grande? Aristóteles define al magnánimo como aquel que se siente digno de las cosas más grandes, y lo es en efecto²¹. Generar corazones grandes, es la tarea de toda minoría creativa. La audacia y magnanimidad van creciendo con las demás virtudes relacionales: gratitud, confianza, iniciativa, liderazgo.

En nuestra sociedad vivimos un estrecharse de los horizontes, en el que nos limitamos a buscar los pequeños placeres. La cualidad que todos admiran ya no es el heroísmo sino la supervivencia, el bienestar. Por eso la misión de la minoría creativa resulta todavía más urgente si consideramos la crisis de heroísmo que azota nuestra sociedad.

Surge la siguiente cuestión, la magnanimidad, aspirar a lo grande,

²¹ ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, libro IV, cap. III.

creemos que no podemos: “no soy capaz, no puedo, no lo conseguiré”. Se trata de una profecía que lanzamos sobre nosotros mismos, y que, por supuesto, acaba cumpliéndose. No somos capaces porque hemos decidido que no lo somos. Nos falta la ayuda de alguien que, a nuestro lado, nos enseñe a imaginar un futuro más grande.

La audacia nos enseña que nuestra identidad es dinámica. No sabemos de lo que somos capaces. Nuestras capacidades se nos revelan paulatinamente, conforme van siendo necesarias. Creer que podemos, con una esperanza bien fundada. La audacia nos lanza a desear cosas grandes y a ponerlas por obra. La audacia nos hace magnánimos. Lo propio de la magnanimidad es una dilatación del espíritu hacia las cosas grande. Esta grandeza se muestra en la “grandeza de lo pequeño”, en la labor cotidiana que se edifica paso a paso, la educación del niño que avanza poco a poco. El arte de hacer grande lo pequeño, lo de cada día.

Pero no se reduce a esto, le corresponde la “grandeza de lo grande”. Y ¿de dónde brota esta extensión hacia lo grande? Aristóteles define al magnánimo como aquel que se siente digno de las cosas más grandes, y lo es en efecto²¹. Generar corazones grandes, es la tarea de toda minoría creativa. La audacia y magnanimidad van creciendo con las demás virtudes relacionales: gratitud, confianza, iniciativa, liderazgo.

En nuestra sociedad vivimos un estrecharse de los horizontes, en el que nos limitamos a buscar los pequeños placeres. La cualidad que todos admiran ya no es el heroísmo sino la supervivencia, el bienestar. Por eso la misión de la minoría creativa resulta todavía más urgente si consideramos la crisis de heroísmo que azota nuestra sociedad.

Surge la siguiente cuestión, la magnanimidad, aspirar a lo grande,

²¹ ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, libro IV, cap. III.

¿es el itinerario adecuado para una minoría creativa cristiana, que quiere ser fiel a Jesús, cuyo estilo fue el de la pequeñez y ocupar los últimos puestos?, ¿debemos rechazar la magnanimidad como tentación griega? ¿Hay sitio entre las virtudes cristianas para la magnanimidad? Debemos reconocer los límites de la propuesta aristotélica²². La humildad no está incluida en su lista de virtudes. El magnánimo aristotélico es generoso y liberal pero no es capaz de aceptar los dones. Sabe dar pero no sabe recibir, rechaza pedir algo a alguien pues depender es sinónimo de imperfección.

Aunque Aristóteles no incluyó la humildad entre sus virtudes, santo Tomás sí consideró a la magnanimidad entre las suyas, sin menoscabo de la humildad cristiana. “He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10, 10). La diferencia entre estas dos magnanimidades radica en la aceptación del don, por eso, la audacia y magnanimidad que de aquí brotan, saben compaginar los grandes deseos con la humildad.

El fin de la magnanimidad cristiana no es la simple autoperfección sino la comunión²³. La persona magnánima construye casas grandes para acoger a muchos, proyecta grandes colegios para enseñar a muchos, para comunicar el tesoro que ha recibido. Desea que otros muchos puedan participar del don que ha recibido.

El ambiente propio de la creatividad y de la fecundidad es la comunión: el que crece hace crecer. Esto no supone perder el liderazgo

²² Cf. A. M. GONZÁLEZ, “Las fuentes de la moralidad a la luz de la ética aristotélica de la virtud”, *Sapientia*, vol. LVI, 357-377, 2001, 1-32.

²³ J. NORIEGA, “Amor y acción”, en L. MELINA, J. NORIEGA, J.J. PÉREZ-SOBA, *Una luz para el obrar. Experiencia moral. Caridad y acción cristiana*, Palabra, Madrid 2006, 323-335; L. MELINA, J. NORIEGA, J.J. PÉREZ-SOBA, *Fundamentos de la moral cristiana. Caminar a la luz del amor*, Palabra, Madrid 2007; J. PIEPER, *Las virtudes fundamentales*, Rialp, Madrid 2012⁸.

de cada persona, pues la comunión no es masificación. En la comunión no disuelve la riqueza de cada uno, no tiende a la uniformidad, sino a la *unión en la diferencia*.

Las minorías creativas se revelan fecundas transformando las costumbres sociales, salvaguardando la cultura y enriqueciéndola con música, teatro, prosa, poesía, cine..., haciendo posible la educación en tiempos de gran analfabetismo, creando hospitales, generando una economía justa, ofreciendo medios de comunicación respetuosos, favoreciendo una diversión de comunión... una caridad integral que no sabe de mutilaciones.

Las virtudes de las minorías creativas son virtudes relacionales, es decir, virtudes que transforman a las personas al renovar las relaciones que constituyen. En el origen de la familia, en el afecto de pertenencia, hemos descubierto esas virtudes que permiten integrar la propia dependencia (gratitud, confianza, responsabilidad). Desde aquí, se desarrollan las virtudes de la identidad y la diferencia (la hospitalidad, cohesión, acogida, universalidad). Finalmente, como virtudes culminantes, hemos considerado la audacia y magnanimidad. Por medio de ellas, la familia como minoría creativa actúa realmente como levadura en la masa y transforma la sociedad.

6. LAS PRÁCTICAS DE LA HOSPITALIDAD

El concepto de hospitalidad nos ha acompañado a lo largo de toda la historia de la humanidad, ciertamente han ido cambiando sus formas y expresiones, pero podemos decir que se trata de algo inherente a la tradición humana²⁴. La hospitalidad encierra un miste-

²⁴ F. TORRALBA, *Sobre la hospitalidad. Extraños y vulnerables como tú*, PPC, Madrid 2005. En el diccionario de la Real Academia Española se señalan tres acepciones

rio sobre lo que hace hermosa la existencia humana. Así lo consideraron ya los antiguos paganos, para quienes todo extraño que llamaba a sus puertas era un enviado de los dioses, al que se le ofrecía lo mejor de la casa.

La hospitalidad contiene un elemento común a todas las culturas como es el reflejo de una respuesta personal ante el reconocimiento de una necesidad vital de los demás. La mirada con que me ocupo del otro decidirá sobre mi humanidad²⁵. La relación con el extraño (acogerlo bien o tratarlo con indiferencia u hostilidad) permite medir la calidad moral de una sociedad y obliga a abrirse a lo que es diferente. Por otra parte, el concepto de hospitalidad ilustra muy bien que la identidad personal se constituye en relación recíproca. La hospitalidad nos recuerda que no somos seres autosuficientes, necesitamos a los demás y somos vulnerables.

¿Cómo vivir hoy la virtud de la hospitalidad en la familia?²⁶ No se puede promover una cultura de la hospitalidad sin contar con la familia, en ella se inculcan los gestos y acciones de búsqueda del bien del otro, tanto del que lo ejerce como del que lo recibe. La hospitalidad se vive en distintas modalidades conforme a los grados de relación que tengamos. Con los desconocidos podemos vivir la hospitalidad con pequeños gestos concretos y cotidianos: ceder el puesto o el paso a otra persona, dirigirnos amablemente a quien nos atiende, etc. Con los

del término “hospitalidad”: hospitalidad (lat. *hospitalitas*, *-ātis*): 1. Virtud que se ejercita con peregrinos, menesterosos y desvalidos, recogiendo y prestándoles la debida asistencia en sus necesidades. 2. Buena acogida y recibimiento que se hace a los extranjeros o visitantes. 3. Estancia de los enfermos en el hospital.

²⁵ J. RATZINGER, *El cristiano en la crisis de Europa*, Cristiandad, Madrid 2005, 65.

²⁶ Cf. M. T. CID VÁZQUEZ, «Acoger al otro: la hospitalidad familiar», en M.T. CID VÁZQUEZ (ed.), *Educación y familia: introducir en el arte de vivir*, Fundación Universitaria Española, Madrid 2017, 239-264.

conocidos, invitar a los amigos y familiares cercanos implica aprender a tejer esa urdimbre afectiva que nos sostiene y que va constituyendo un verdadero tejido social.

Recibir a alguien en nuestra casa es siempre más que recibir algo, recibir un huésped es, primeramente, recibir un don. El don de la hospitalidad instituye y autoriza la tarea de ofrecer, de dar, de atender y de trabajar para los demás, para los invitados²⁷. Recibir y ser recibidos, dar y compartir se entrelazan en la lógica de la hospitalidad. De este modo, la hospitalidad genera en nosotros nuevas virtudes, nos hace crecer, nos humaniza, impide que nos aburgueemos o acomodemos, nos enseña a compartir nuestra vida con los familiares y amigos.

La paradoja de la virtud de la hospitalidad es que recibir un huésped parece a primera vista una tarea, un trabajo, una carga, o un favor que hacemos a la otra persona. La utilidad no puede ser nunca el criterio de la acogida. Este intercambio por el cual ofrecemos nuestro hogar al huésped transforma nuestro modo de vivir las relaciones. Aprendiendo a compartir nuestro tiempo lo humanizamos y lo llenamos de la presencia de los demás. La hospitalidad concretamente desarrolla en nosotros la capacidad de sorpresa, despierta la cordialidad, invita a compartir la alegría en la mesa, favorece la escucha y la receptividad activa. Gracias a ella, el anfitrión amplía sus puntos de vista y se hace capaz de enriquecerse con lo diferente.

Invitar a un matrimonio amigo a nuestra casa, es una forma de hospitalidad, porque nos permite salir de nosotros mismos y abrirnos a otras formas de vivir la fatiga cotidiana. Compartir con ellos mesa y conversación nos enriquece mutuamente. La primera hospitalidad no

²⁷ Cf. J. DE DIOS LARRÚ, *El sello del corazón. Ensayo de espiritualidad matrimonial y familiar*, Monte Carmelo-Didaskalos, Burgos 2014.

conocidos, invitar a los amigos y familiares cercanos implica aprender a tejer esa urdimbre afectiva que nos sostiene y que va constituyendo un verdadero tejido social.

Recibir a alguien en nuestra casa es siempre más que recibir algo, recibir un huésped es, primeramente, recibir un don. El don de la hospitalidad instituye y autoriza la tarea de ofrecer, de dar, de atender y de trabajar para los demás, para los invitados²⁷. Recibir y ser recibidos, dar y compartir se entrelazan en la lógica de la hospitalidad. De este modo, la hospitalidad genera en nosotros nuevas virtudes, nos hace crecer, nos humaniza, impide que nos aburgueemos o acomodemos, nos enseña a compartir nuestra vida con los familiares y amigos.

La paradoja de la virtud de la hospitalidad es que recibir un huésped parece a primera vista una tarea, un trabajo, una carga, o un favor que hacemos a la otra persona. La utilidad no puede ser nunca el criterio de la acogida. Este intercambio por el cual ofrecemos nuestro hogar al huésped transforma nuestro modo de vivir las relaciones. Aprendiendo a compartir nuestro tiempo lo humanizamos y lo llenamos de la presencia de los demás. La hospitalidad concretamente desarrolla en nosotros la capacidad de sorpresa, despierta la cordialidad, invita a compartir la alegría en la mesa, favorece la escucha y la receptividad activa. Gracias a ella, el anfitrión amplía sus puntos de vista y se hace capaz de enriquecerse con lo diferente.

Invitar a un matrimonio amigo a nuestra casa, es una forma de hospitalidad, porque nos permite salir de nosotros mismos y abrirnos a otras formas de vivir la fatiga cotidiana. Compartir con ellos mesa y conversación nos enriquece mutuamente. La primera hospitalidad no

²⁷ Cf. J. DE DIOS LARRÚ, *El sello del corazón. Ensayo de espiritualidad matrimonial y familiar*, Monte Carmelo-Didaskalos, Burgos 2014.

conocidos, invitar a los amigos y familiares cercanos implica aprender a tejer esa urdimbre afectiva que nos sostiene y que va constituyendo un verdadero tejido social.

Recibir a alguien en nuestra casa es siempre más que recibir algo, recibir un huésped es, primeramente, recibir un don. El don de la hospitalidad instituye y autoriza la tarea de ofrecer, de dar, de atender y de trabajar para los demás, para los invitados²⁷. Recibir y ser recibidos, dar y compartir se entrelazan en la lógica de la hospitalidad. De este modo, la hospitalidad genera en nosotros nuevas virtudes, nos hace crecer, nos humaniza, impide que nos aburgueemos o acomodemos, nos enseña a compartir nuestra vida con los familiares y amigos.

La paradoja de la virtud de la hospitalidad es que recibir un huésped parece a primera vista una tarea, un trabajo, una carga, o un favor que hacemos a la otra persona. La utilidad no puede ser nunca el criterio de la acogida. Este intercambio por el cual ofrecemos nuestro hogar al huésped transforma nuestro modo de vivir las relaciones. Aprendiendo a compartir nuestro tiempo lo humanizamos y lo llenamos de la presencia de los demás. La hospitalidad concretamente desarrolla en nosotros la capacidad de sorpresa, despierta la cordialidad, invita a compartir la alegría en la mesa, favorece la escucha y la receptividad activa. Gracias a ella, el anfitrión amplía sus puntos de vista y se hace capaz de enriquecerse con lo diferente.

Invitar a un matrimonio amigo a nuestra casa, es una forma de hospitalidad, porque nos permite salir de nosotros mismos y abrirnos a otras formas de vivir la fatiga cotidiana. Compartir con ellos mesa y conversación nos enriquece mutuamente. La primera hospitalidad no

²⁷ Cf. J. DE DIOS LARRÚ, *El sello del corazón. Ensayo de espiritualidad matrimonial y familiar*, Monte Carmelo-Didaskalos, Burgos 2014.

es otra que la escucha de las personas que acogemos en nuestra casa. Ofrecer la hospitalidad de la palabra de la que habla el poeta de origen judío, E. Jabès²⁸; y R. Flórez, en *El hombre, mansión y palabra*²⁹, la palabra habitada por una presencia, como diría san Agustín³⁰. Las palabras cuando son auténticas actúan como *morada*, son la *casa del ser*, en expresión de Heidegger³¹. Otra forma de hospitalidad es invitar a los amigos de los hijos, enseñándoles cómo siendo ellos también hospitalarios crecen como personas y hacen crecer a sus amigos. Compartir incluso un fin de semana o el tiempo de vacaciones nos permite no solamente conocerlos mejor, sino también a sus amigos ayudándoles a cultivar sus amistades.

La vinculación de la hospitalidad a una determinada cultura nos muestra la necesidad de crear prácticas hospitalarias³², prácticas concretas, acciones comunes en las que se involucran todos los componentes de la familia, cada uno de un modo diferente y complementario a la vez. La clave no está en que a nosotros nos venga bien. Se trata de acoger a los otros a través de detalles concretos con los cuáles la persona que recibimos se sabe honrada y agasajada. Ofrecer una conversación interesante, la disposición del tiempo y del lugar, el alimento cuidado y bien servido, la despedida que se le ofrece, quizá algún

²⁸ E. JABÈS, *El libro de la hospitalidad*, Trotta, Madrid 2014.

²⁹ R. FLÓREZ, *El hombre, mansión y palabra. Aspectos actuales del pensamiento místico occidental*, Fundación Universitaria Española, Madrid 2006.

³⁰ SAN AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, XIV, 46. Citado en: R. FLÓREZ, *El hombre, mansión y palabra*, o.c., 168.

³¹ Cf. A. LÓPEZ QUINTÁS, *La ética o es transfiguración o no es nada*, BAC, Madrid 2014, 198.

³² Cf. J. DE DIOS LARRÚ, *El sello del corazón*, o.c., 253; D. INNERARITY, *Ética de la hospitalidad*, Península, Barcelona 2001; L. GIUSSANI, *El milagro de la hospitalidad*, Encuentro, Madrid 2006; F. TORRALBA, *Sobre la hospitalidad: Extraños y vulnerables como tú*, PPC, Madrid, 2005.

detalle que pueda llevar consigo, son algunas sugerencias para ir creando un estilo acogedor. Todo ello con naturalidad y delicadeza de comunicar a los demás lo que a su vez hemos recibido.

Las prácticas de la hospitalidad suponen el descubrimiento de la comunicabilidad del bien, del reconocimiento de que lo que tenemos es para compartirlo con los demás. Saber ofrecer con sencillez, tener la iniciativa de la primera sugerencia, anticiparse y adaptarse al invitado pasa por poner a disposición de los otros lo que hemos recibido. Las celebraciones, las fiestas, los encuentros con los demás, con los amigos, la convivencia cotidiana va generando una tradición viva como cauce de la historia concreta de cada familia. La vida humana comienza siendo acogida, arropada en el calor del hogar para irse desplegando progresivamente. El apego en un clima acogedor convierte a la familia en un auténtico *útero espiritual*³³.

Cuando hablamos de la hospitalidad familiar no podemos olvidar la hospitalidad primera, no solo con los extraños sino también con los de casa. En el mundo occidental se experimenta una profunda *crisis de generatividad*. La mirada sobre el hijo se ha vuelto desconfiada, pues acoger un hijo se percibe a veces como una amenaza al bienestar individual. Conviene recordar que en la filosofía griega se alcanza con suma dificultad el pensamiento sobre la diferencia. El mito del andrógino como mito antirrelacional y antigenerativo es significativo. La identidad sin relación se verifica en las relaciones puras, marcadas por el individualismo y el narcisismo contemporáneo³⁴.

³³ STO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q.10, a.12. Cf. J. DE DIOS LARRÚ, *El sello del corazón*, o.c., 255.

³⁴ Cf. J. DE DIOS LARRÚ, *El sello del corazón*, o.c., 250.

7. CONCLUSIÓN

En nuestra sociedad, la familia es una institución cuestionada por la cultura actual, que genera fuerzas y grandes recursos para disolverla, en beneficio de un sujeto más individual y con menos vínculos, pero por ello más débil e indefenso ante la presión del consumo y de las dinámicas del mercado.

La idea fundamental para pensar la familia como minoría creativa está en comprender la riqueza de humanidad que se genera en el rico entramado de las relaciones familiares. Pero esto requiere un modo renovado de pensar la familia, no tanto en cuanto una forma institucionalizada, sino en cuanto un singular entramado de relaciones interpersonales, definida por la relación entre los sexos y las generaciones.

La familia que es capaz de generar una vida plena, comunica esta vida a otras familias. Su hogar se convierte en un lugar de acogida a otras familias donde la vida se comunica al acoger a otras personas y familias en el entramado de las relaciones personales. Actúa como minoría creativa, fermento en la masa. La familia como minoría creativa puede contribuir a que Europa recobre de nuevo lo mejor de su herencia y siga siendo un lugar de acogida y crecimiento no solo en lo material sino sobre todo en humanidad.